

El lugar escogido por los padres de Miguelín para vivir en la ciudad, fué precisamente fuera de la ciudad. A esta se la veía de lejos, alegre y prometedor. Y allí frente al mar, en un lugar elevado, entre pinos y rocas, en donde lo mismo podía haberse levantado un chalet que un hotel, ellos levantaron como una especie de chabola capaz para resguardar tres o cuatro personas.

La edad de Miguelín no le permitía discurrir sobre el mundo que le rodeaba. El solamente se dejaba llevar; preguntaba sobre todo sin interesarse por nada. Jugaba siempre que podía y también iba a la escuela siempre que quería. Nos ocupa la persona de Miguelín, el primer día de la fiesta Mayor de la ciudad. Es al caer de la tarde, y aunque el bullicio de las ferias llega tentador hasta aquella humilde vivienda, nuestro pequeño le dice a su madre que siente deseos de ir a dormir. Ellos dos habían pasado el día en la capital para ver al médico. Y no bastando solamente el encontrarse malo para la visita, sino también el moverse de un lado para otro, obtener muchos papeles y demás, tanto ajeteo junto al viaje de cuatro horas de duración, hundieron al pobre Miguelín en una lasitud aplastante. Su cuerpo y su naturaleza endebles exigían un descanso reparador.

Su madre le acostó, junto con una sucesión de imágenes retenidas en la tierna imaginación del niño durante su viaje. Y bajo aquel influjo, Miguelín soñó.

«Era un pueblecito tierra adentro. Estaba asomado al borde de la carretera y formaban parte de él una serie de casitas recién construidas, muy lindas. Miguelín pasaba por allí, junto con su madre y al contemplarlas decía: —¡Como me gustaría habitar en una de estas casitas! Su exclamación no fué correspondida y siguieron adelante, hacia el término de su viaje.

«Pero de pronto, a continuación, aquellas casitas tomaron vida, se pusieron en movimiento y como si se tratara de una reunión de vecinos exclamaron unas a otras: —Habeis oído. A Miguelín le gustaría tener una casita como una de nosotras. ¿Por qué no vamos a su pueblo y nos

ofrecemos a él y a todos los Miguelines como él? Una aprobación unánime cerró aquel coloquio y decidieron ponerse en marcha al rayar el alba del día siguiente.

«A la hora fijada, una columna ordenada de las casitas iniciaba la marcha hacia el pueblo de Miguelín. Al principio iban calladas seriecitas, como si cada una se encerrara en sus propios pensamientos. Pero conforme iban adelantando igual al día y conforme iba alegrándose la campiña cuanto más avanzaban, más ellas iban animándose. —¡Vamos al pueblo de Miguelín!— exclamaban gozosas a los campos, a las montañas y a los bosques.— «Yo seré la elegida» — «No, que seré yo la preferida». Así iban conversando, discutiendo casi, ganando siempre kilómetro tras kilómetro.

«Llegaron a una curva muy pronunciada de la carretera, donde el bosque que la bordeaba por ambos lados era de aspecto muy salvaje. Árboles con sus ramas tan escualidas, reiorcidas, grises que más parecían unos entes fantasmagóricos que unas plantas forestales. No les hacía ninguna gracia a las casitas, tener que recorrer aquella parte, pero no les quedaba otro recurso. Adelantaron. Su temor no era infundado. Del fondo del bosque, un rugoso roble viejo, decrepito, lanzó una estentórea carcajada al tiempo que gritaba: — «¿A dónde van las inocentes casitas? ¿Al pueblo de Miguelín? Pues yo os aseguro que no vais a llegar. Algo se cuidará de que así sea. ¡Ja, Ja, ja. !» Y todas las ramas se agitaron con estridentes chasquidos cual furiosas latigazos, lanzados en toda la extensión del bosque.

«Apretujadas, temblorosas, las casitas pasaron lo más aprisa posible aquella parte de la carretera. Se encontraban lejos de allí y todavía resonaban en sus oídos aquellas carcajadas y aquella maldición: «—Pues yo os aseguro que no vais a llegar. Algo se cuidará de que así sea.»

«¿De donde surgía aquella maldéfica seguridad? ¿Cómo alguien podía atreverse a pronosticar un fin tan desgraciado? ¿Si ellas iban a proporcionar la felicidad

de un ser querido, podía surgir algún contratiempo o desgracia que impidiera realizar tal propósito?»

«Y no pasó mucho tiempo, sin que un gran temor se apoderara de su ánimo. Desde el sobresalto del bosque, apresuraron más su marcha. Temían algo inusitado. Y en verdad, existía el peligro aunque de momento no fuera perceptible. De detrás de unas montañas se elevaron unos nubarrones. No presentaban mal aspecto en su principio, pero luego fueron agrandándose, volviéndose a la vez más negros y amenazadores. Oscureció el sol. Desapareció por último el único cacho de azul que resistió en el cielo y el trueno retumbó amenazador, por todo el valle. Las casitas, alarmadas, empezaron a desorientarse. Permanecían calladas, temblorosas, dudando en proseguir el camino o guarecerse en alguna parte más segura que la carretera.»

«Descendió más y más la tempestad. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, empezó a arrear una lluvia densa y el valle se convirtió, por momentos, en un continuo retumbar desesperante. Perdido el control de sí mismas, mudas de terror, las casitas corrieron de un lado para otro, sin saber a donde se dirigían... Se llamaban unas y otras confundiendo sus voces con la de los truenos... Un rayo partió un árbol en mil astillas esparciéndolas a distancia.»

—¡Madre! ¡Madre! Miguelín se encontraba sentado en su jergón sudoroso, atemorizado. Acudió su madre, solícita. Le pasó su mano por el rostro.— «¿Dónde están las casitas? Venían hacia aquí y la tempestad las destruía. Ellas corrían, pobres, horrorizadas.»

—Duerme hijo mío. Tu soñabas. Al exterior, la noche empieza tranquila. Si escuchas bien, verás como llegan hasta aquí los murmullos de la ciudad en fiestas. Escucha.

Unas notas musicales, alegres, airoas, llegaban a los oídos de Miguelín. Luego volvió a dormirse muy tranquilo. La visión esta vez, podía resultar angelical.